

LOS MANDARINES

SIMONE DE BEAUVOIR

LOS MANDARINES



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Les mandarines*

Traducción de Silvina Bullrich

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Imagen de cubierta: istockphoto

Primera edición: febrero de 2020

© Editions Gallimard, París, 1954
© de la presente edición: Edhasa, 1982, 2020
Diputación, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Prohibida la venta en países de América Latina

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1089-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 1267-2020

Impreso en España

A Nelson Algren

CAPÍTULO PRIMERO

1

Henri echó una última mirada hacia el cielo: un cristal negro. Mil aviones desgarrando aquel silencio: resultaba difícil de imaginar; sin embargo, las palabras entrechocaban en su cabeza con ruido gozoso: ofensiva detenida, derrota alemana, podré partir. Dobló la esquina de la avenida. Las calles olerían a aceite y a azahar, la gente conversaría en las terrazas iluminadas y él tomaría café auténtico al son de las guitarras. Sus ojos, sus manos, su piel tenían hambre; ¡qué largo ayuno! Subió lentamente la glacial escalera.

—¡Por fin! —Paule lo estrechó contra sí como si le hubiera recobrado después de largos peligros; por encima del hombro de ella, él miró el árbol de Navidad reflejado al infinito por los grandes espejos; la mesa estaba cubierta de platos, de vasos, de botellas; ramas de muérdago y de acebo yacían amontonadas al pie de un taburete; se desprendió de ella y echó el abrigo sobre el sofá.

—¿Has oído la radio? Hay buenas noticias.

—¿Ah, sí? Deprisa, cuéntame. —Ella nunca escuchaba la radio; sólo quería oír las noticias de boca de él.

—¿No has notado qué clara está la noche? Se habla de un millar de aviones en la retaguardia de Von Rundstedt.

—¡Dios mío! Entonces no volverán.

—Nunca se trató de que volvieran.

Para ser sincero, esa idea también había cruzado por su mente.

Paule sonrió misteriosamente:

—Yo había tomado mis precauciones.

—¿Qué precauciones?

—En el sótano, al fondo, hay un cuchitril; le pedí a la portera que lo vaciara; te habrías escondido ahí.

—No debiste hablar de eso con la portera.

Ella apretaba con la mano izquierda los flecos de su chal como si estuviera protegiéndose el corazón.

—Te habrían fusilado —dijo—. Todas las noches los oigo: llaman, abro, los veo.

Inmóvil, con los ojos entreabiertos, parecía verdaderamente oír voces.

—No ocurrirá —dijo Henri alegremente.

Ella abrió los ojos y dejó caer las manos.

—¿Ha terminado realmente la guerra?

—Ya falta poco. —Henri instaló el taburete bajo la gruesa viga que cruzaba el techo—. ¿Quieres que te ayude?

—Los Dubreuilh van a venir a ayudarme.

—¿Por qué esperarlos?

Tomó el martillo; Paule puso su mano sobre su brazo.

—¿No trabajas?

—Esta noche, no.

—Todas las noches dices lo mismo. Ya hace más de un año que no escribes nada.

—No te inquietes; tengo ganas de escribir.

—Ese periódico te ocupa demasiado tiempo; mira a qué hora vuelves. Estoy segura de que no has comido nada; ¿no tienes hambre?

—Por el momento, no.

—¿No estás cansado?

—Claro que no.

Tras aquellos ojos que le devoraban con solicitud, él sentía un gran tesoro frágil y peligroso: era eso lo que le cansaba. Se encaramó sobre el taburete y se puso a clavar con mucha prudencia: la casa no era nueva.

—Hasta puedo decirte qué escribiré: una novela alegre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paule con voz inquieta.

—Sólo lo que digo: tengo ganas de escribir una novela alegre.

Estuvo a punto de inventar inmediatamente esa novela; le habría divertido elaborarla en voz alta, pero Paule clavaba sobre él una mirada tan intensa que optó por callar.

—Pásame esa gran bola de muérdago.

Colgó con precaución la bola verde salpicada de pintas blancas y Paule le tendió otro clavo. Sí, la guerra había terminado; al menos para él; esa noche era fiesta de verdad, la paz comenzaba, todo renacía: las fiestas, el ocio, el placer, los viajes, quizá la dicha, seguramente la libertad. Terminó de colgar el muérdago a lo largo de la viga, el acebo y las guirnaldas de papel.

—¿Está bien? —preguntó bajando del taburete.

—Está perfecto. —Ella se acercó al pino, enderezó una de las velas y preguntó—: Ahora que ya no hay peligro, ¿vas a irte a Portugal?

—Naturalmente.

—¿Tampoco trabajarás durante ese viaje?

—Supongo que no.

Ella manoseaba con aire vacilante una de las bolas doradas que pendían de las ramas, y él le dijo las palabras que esperaba:

—Lamento no llevarte.

—Sé muy bien que no es por tu culpa. No te preocupes; cada vez tengo menos ganas de recorrer el mundo. ¿De qué sirve? —Sonrió—. Te esperaré; esperar en la certidumbre no resulta aburrido.

Henri sintió ganas de reír: ¿de qué sirve? ¡Vaya una pregunta! Lisboa. Oporto. Cintra. Coímbra. ¡Qué bonitos nombres! Y ni siquiera necesitaba pronunciarlos para sentirse loco de alegría. Le bastaba con decirse: ya no estaré aquí; estaré en otra parte. En otra parte. Eran palabras todavía más hermosas que los más hermosos nombres.

—¿No vas a vestirte? —preguntó.

Ella subió la escalera interior y él se acercó a la mesa. Pensándolo bien, tenía hambre, pero en cuanto confesaba algún ape-

tito la inquietud devastaba los rasgos de Paule; extendió un trozo de paté sobre una rebanada de pan y empezó a comer. Se dijo con decisión: «Al volver de Portugal, iré a instalarme al hotel». ¡Es tan agradable volver por la noche a una habitación donde nadie le espera a uno! Aun en la época en que estaba enamorado de Paule, siempre había querido tener sus cuatro paredes para él. Pero entre el 39 y el 40 Paule se desplomaba noche tras noche, muerta, sobre su cadáver atrozmente mutilado; ¿cómo hubiera podido él negarle algo? Y además, el toque de queda hacía que esta combinación resultara cómoda. Ella le decía: «Siempre podrás irte»; pero todavía no había podido. Tomó una botella y hundió el sacacorchos en el tapón crujiente. Al cabo de un mes, Paule se habría acostumbrado a vivir sin él; y si no era así, tanto peor. Francia ya no era una prisión. Cuatro años de austeridad, cuatro años ocupándose sólo de los demás: es mucho, es demasiado tiempo. Ya era hora de ocuparse un poco de sí mismo. Y para eso necesitaba estar solo y libre. No es fácil recobrase al cabo de cuatro años; había un montón de cosas que tenía que aclarar. ¿Cuáles? Bueno, no lo sabía exactamente, pero allá, paseándose por las callejuelas que huelen a aceite, trataría de ver claro. De nuevo le palpité el corazón: el cielo sería azul, la ropa flotaría en las ventanas. Caminaría con las manos en los bolsillos, como un turista, en medio de personas que no hablarían su idioma y cuyos problemas no le importarían. Se abandonaría al vivir, se sentiría vivir: quizás eso bastara para aclararlo todo.

—¡Qué bien! ¡Has descorchado todas las botellas! —Paule bajaba por la escalera envuelta en seda.

—Decididamente te has consagrado al violeta —dijo él sonriendo.

—¡Pero tú adoras el violeta! —Él adoraba el violeta hacía diez años: diez años es mucho tiempo—. ¿No te gusta este vestido?

Él se apresuró a contestar:

—Sí, es precioso. Pero pensaba que hay otros colores que te quedarían bien: el verde, por ejemplo —concluyó al azar.

—¿El verde? ¿Me ves vestida de verde?

Se había plantado ante uno de los espejos con aire desamparado; ¡era tan inútil!; de verde o de amarillo, él nunca la recordaría tal como diez años antes la había deseado, cuando ella le había tendido con ademán indolente sus largos guantes violeta. Él le sonrió:

—Ven a bailar.

—Sí, bailemos —dijo ella con una voz tan ardiente que congeló a Henri.

Su vida en común había sido tan sombría durante ese último año que hasta Paule parecía a disgusto; sin embargo, su actitud había cambiado bruscamente a principios de septiembre; ahora, en todas sus palabras, sus besos, sus miradas, había un estremecimiento apasionado. Cuando la tomó en sus brazos, ella se pegó a él y murmuró:

—¿Recuerdas la primera vez que bailamos juntos?

—En la Pagoda, sí; me dijiste que bailaba muy mal.

—Fue el día en que te llevé al museo Grévin; tú no conocías el museo Grévin, no conocías nada —dijo con voz enternecida. Apoyó su frente contra la mejilla de Henri—. Estoy viéndonos.

Él también volvía a verse. Se habían encaramado sobre un zócalo en medio del Palacio de los Espejos, y por todos lados, alrededor de ellos, su pareja se había multiplicado hasta el infinito entre los bosques de columnas: «Dime que soy la más hermosa de todas las mujeres». «Eres la más hermosa de todas las mujeres». «Y tú serás el hombre más guapo del mundo». Volvió los ojos hacia uno de los grandes espejos: la pareja enlazada se repetía hasta el infinito a lo largo de una avenida de pinos y Paule le sonreía con aire maravillado. ¿Acaso no se daba cuenta de que ya no se trataba de la misma pareja?

—Han llamado —dijo Henri. Se precipitó hacia la puerta; eran los Dubreuilh cargados de cestos y de paquetes; Anne oprimía entre sus brazos un ramo de rosas y Dubreuilh llevaba echados al hombro enormes racimos de pimientos rojos; Nadine los seguía con aire hosco.

—¡Felices Pascuas!

—¡Felices Pascuas!

—¿Sabéis la noticia? Por fin la aviación les ha dado su merecido.

—Esto es el final.

Dubreuilh dejó sobre el diván el ramo de frutos rojos:

—Para decorar vuestro burdel.

—Gracias —dijo Paule sin entusiasmo. Le fastidiaba que Dubreuilh llamara burdel a ese estudio: decía que se lo sugerían todos aquellos espejos y aquellas cortinas rojas. Él inspeccionó la habitación.

—Hay que colgarlos de la viga del centro; quedará más bonito que ese muérdago.

—Me gusta el muérdago —dijo Paule con voz firme.

—Es tonto el muérdago, es redondo, es histórico; y además es un parásito.

—Colgad los pimientos de lo alto de la escalera, a lo largo de la balaustrada —sugirió Anne.

—Allí quedaría mucho mejor —dijo Dubreuilh.

—Tengo mucho apego a mi muérdago y a mi acebo —dijo Paule.

—Bueno, bueno, estás en tu casa —dijo Dubreuilh.

Anne desempaquetaba los chicharrones, la mantequilla, los quesos, los pasteles...

—Esto es para el ponche —dijo mientras colocaba sobre la mesa dos botellas de ron. Puso un paquete en manos de Paule—. Toma, es tu regalo; y esto es para usted —dijo tendiéndole a Henri una pipa de barro, una garra de pájaro sosteniendo un huevo; exactamente la pipa con la que Louis fumaba quince años atrás.

—Es formidable; hace quince años que quería tener una pipa como ésta. ¿Cómo lo ha adivinado?

—Porque usted me lo dijo.

—¡Un kilo de té! Me salvas la vida —exclamó Paule—; y qué aroma: ¡té verdadero!

Henri se puso a cortar rebanadas de pan; Anne las untaba de mantequilla y Paule agregaba los chicharrones mientras observaba ansiosamente a Dubreuilh, que hundía clavos en la pared a martillazos.

—¿Sabe lo que falta aquí? —le gritó a Paule—. Una gran araña de cristal. Voy a conseguirle una.

—Pero yo no la quiero.

Dubreuilh colgó los racimos de pimientos y bajó la escalera.

—No está mal —dijo examinando su trabajo con ojo crítico. Se acercó a la mesa y abrió una bolsita de especias; hacía años que en cuanto se presentaba la ocasión confeccionaba ese ponche, cuya receta había traído de Haití. Apoyada en el pasamanos, Nadine mordisqueaba un pimiento; a los dieciocho años, a pesar de sus vagabundeos por las camas francesas y americanas, todavía parecía estar en plena edad del pavo.

—No te comas el decorado —le gritó Dubreuilh. Vació una botella de ron en la ensaladera, se volvió hacia Henri y dijo—: Anteayer me encontré con Samazelle, y me alegro, porque parece dispuesto a ir con nosotros, ¿Usted esta libre mañana por la noche?

—No puedo dejar el periódico antes de las once —dijo Henri.

—Pase a las once —dijo Dubreuilh—. Tenemos que discutir el asunto y me gustaría que usted estuviera presente.

Henri sonrió:

—No veo bien por qué.

—Le dije que usted trabajaba conmigo, pero su presencia tendrá más peso.

—No creo que para un tipo como Samazelle eso tenga mucha importancia —dijo Henri, siempre sonriendo—. Debe saber muy bien que no soy un hombre político.

—Pero, al igual que yo, piensa que no hay que dejar la política a los políticos —dijo Dubreuilh—. Venga aunque sea un momento; Samazelle tiene un grupo interesante detrás de él: tipos jóvenes, los necesitamos.

—Escuchad, ¡no vais a hablar de política otra vez! —dijo Paule con voz enojada—. Esta noche es fiesta.

—¿Y qué? —dijo Dubreuilh—. ¿Los días de fiesta está prohibido hablar de lo que a uno le interesa?

—Pero ¿por qué se empeña en embarcar a Henri en este asunto? —dijo Paule—. Ya trabaja bastante y le ha dicho veinte veces que la política le aburre.

—Ya sé, usted me considera como a un vicioso que trata de pervertir a sus amiguitos —dijo Dubreuilh, sonriendo—. Pero la política no es un vicio, preciosa, ni un juego de sociedad. Si estallara una nueva guerra dentro de tres años, usted sería la primera en quejarse.

—Eso es un chantaje —dijo Paule—. Cuando esta guerra haya acabado, nadie tendrá ganas de empezar otra.

—¿Usted cree que cuentan las ganas de la gente? —dijo Dubreuilh.

Paule iba a contestar, pero Henri la interrumpió:

—Verdaderamente —dijo—, no es cuestión de mala voluntad, pero no tengo tiempo.

—El tiempo nunca falta —dijo Dubreuilh.

—A usted no —dijo Henri riendo—, pero yo soy un ser normal, no puedo trabajar veinte horas seguidas ni privarme de sueño durante un mes.

—¡Ni yo tampoco! —dijo Dubreuilh—. Ya no tengo veinte años. No se le pide tanto —agregó, probando el ponche con aire inquieto.

Henri le miró alegremente: con veinte años u ochenta, Dubreuilh siempre parecería igualmente joven a causa de aquellos ojos enormes y risueños que lo devoraban todo. ¡Qué fanático! En comparación, Henri se inclinaba a menudo a juzgarse disipado, haragán, inconsciente; pero era inútil forzarse. A los veinte años admiraba tanto a Dubreuilh que se había creído obligado a imitarle; resultado: siempre tenía sueño, se atiborraba de drogas, caía en la imbecilidad. Era necesario aceptar su realidad: privado de

ocios, perdía las ganas de vivir y al mismo tiempo las de escribir; se transformaba en máquina. Durante cuatro años había sido una máquina; ahora, ante todo, quería volver a ser un hombre.

—Me pregunto: ¿de qué puede servirle mi inexperiencia?

—La inexperiencia tiene su lado bueno —dijo Dubreuilh; esbozó una sonrisita—. Y además usted tiene un nombre que representa mucho para mucha gente —su sonrisa se acentuó—: Samazelle se arrastró antes de la guerra por todas las fracciones y fracciones de fracciones, pero no quiero tenerle por eso, sino porque es un héroe del maquis, su nombre impresiona.

Henri se echó a reír: Dubreuilh nunca le parecía tan ingenuo como cuando quería ser cínico; Paule tenía razón al acusarlo de chantaje; si creyera en la inminencia de una tercera guerra, no estaría de tan buen humor. La verdad es que veía abrirse posibilidades de acción y ardía en ganas de explotarlas. Henri se sentía menos entusiasta. Evidentemente, había cambiado desde el 39. Antes era de izquierdas porque la burguesía le asqueaba, porque la injusticia le indignaba, porque consideraba a todos los hombres como a hermanos: hermosos sentimientos generosos que no lo obligaban a nada. Ahora sabía que si verdaderamente quería desolidarizarse de los de su clase tenía que pagar con su persona. Malefilatre, Bourgoïn, Picard habían dejado el pellejo a la vera del bosquecillo, pero él siempre pensaría en ellos como en personas vivas. Se había sentado con ellos ante un guiso de conejo, bebían vino blanco, y sin creer mucho en ello hablaban del porvenir: cuatro pichones; pero después de la guerra serían de nuevo un burgués, un campesino y dos metalúrgicos; Henri había comprendido en aquel instante que, ante los ojos de los otros tres y ante los suyos propios, él sería un privilegiado más o menos vergonzante, pero consentido; ya no podría sentirse uno de ellos; para seguir siendo su compañero no habría más que un camino: continuar haciendo cosas con ellos. Lo había comprendido todavía mejor cuando en el 41 había trabajado con el grupo de Bois-Colombes; al principio no había resultado fácil. Flamand le exasperaba repi-

tiendo continuamente: «No puedes comprender, yo soy un obrero, razono como un obrero». Pero gracias a él, Henri había podido palpar algo que antes ignoraba y cuya amenaza siempre sentiría en adelante: el odio. Lo había desarmado: en la acción común le habían reconocido como a un camarada; pero si volvía a ser un burgués indiferente, el odio renacería con todo derecho. A menos de probar lo contrario, era un enemigo para centenares de millones de hombres, un enemigo de la humanidad. Él no quería eso a ningún precio: lo probaría. La desgracia era que la acción había cambiado de faz. La Resistencia era una cosa; la política, otra. La política estaba lejos de apasionar a Henri. Él sabía lo que significaba un movimiento como el que proyectaba Dubreuilh: comités, conferencias, congresos, mítines, se habla, se habla; y hay que negociar sin fin, transigir, aceptar compromisos desiguales, tiempo perdido, concesiones rabiosas, tedio sombrío: nada más repelente. Dirigir un periódico era un trabajo que le gustaba; pero, evidentemente, una cosa no impedía la otra, y hasta se completaban las dos. Resultaba imposible utilizar *L'Espoir* como pretexto. No, Henri no se sentía con derecho a desertar, solamente trataría de limitar los gastos.

—Mi nombre, algunos actos de presencia, no puedo negarle eso —dijo—. Pero no hay que pedirme mucho más.

—Seguro que le pediré más —dijo Dubreuilh.

—En todo caso, no enseguida. Hasta mi partida iré loco de trabajo.

Dubreuilh clavó su mirada en los ojos de Henri.

—¿Sigue en pie ese proyecto de viaje?

—Más que nunca. Dentro de tres semanas, lo más tarde, me voy.

Dubreuilh dijo con voz de enfado:

—¡No puede ser! ¡No es serio!

—¡Ah, claro! —dijo Anne mirándole socarronamente—. Si tuvieras ganas de ir a pasear, irías y dirías que es la única cosa inteligente que se puede hacer.

—Pero no tengo ganas, ésa es mi superioridad —dijo Dubreuilh.

—Debo confesar que eso de los viajes me parece un mito —dijo Paule; luego sonrió a Anne y añadió—: Una rosa que tú me traes me produce mayor satisfacción que ver los jardines de la Alhambra después de quince horas de tren.

—¡Ah!, un viaje puede ser apasionante —dijo Dubreuilh—; pero en este momento es todavía más apasionante permanecer aquí.

—Bueno, yo tengo tantas ganas de estar en otra parte que, si fuera necesario, partiría a pie con los zapatos llenos de garbanzos —dijo Henri.

—¿Y abandona así *L'Espoir* durante un mes entero?

—Luc se las arreglará muy bien sin mí —dijo Henri.

Los miró a los tres con asombro. «¡No se dan cuenta!» Siempre las mismas caras, el mismo decorado, las mismas conversaciones, los mismos problemas; por más que cambie, siempre es lo mismo: al final uno se siente muerto en vida. La amistad, las grandes emociones históricas: había apreciado todo eso en su valor; pero ahora tenía necesidad de otra cosa: una necesidad tan violenta que hubiera resultado irrisorio tratar de explicarlo.

—¡Felices Pascuas!

La puerta se abrió: Vincent, Lambert, Sézenac, Chancel, todo el equipo del periódico. Traían botellas y discos, sus mejillas estaban enrojecidas por el frío, cantaban a grito pelado la cantilena de las jornadas de agosto:

No los veremos más.

Se acabó, están jorobados.

Henri les sonrió alegremente; se sentía tan joven como ellos y al mismo tiempo tenía la impresión de haberlos creado un poco a todos. Se puso a cantar con ellos; de pronto la electricidad se apagó, el ponche ardía, las luces de bengala crepitaban, Lambert y Vincent rociaban a Henri de chispas; Paule encendía en el árbol de Navidad las velas infantiles.

—¡Felices Pascuas!

Llegaban por parejas, por grupos; escuchaban la guitarra de Django Reinhardt, bailaban, bebían, todos reían. Henri cogió por el tallo a Anne y ella dijo con voz emocionada:

—Es lo mismo que la víspera de la invasión; el mismo lugar, la misma gente.

—Sí. Y ahora se acabó.

—Para nosotros, se acabó —dijo ella.

Sabía lo que ella pensaba: en ese momento ardían aldeas belgas, el mar inundaba las praderas holandesas. Sin embargo, aquí era una noche de fiesta: la primera Navidad en paz. Es necesario que alguna vez sea fiesta, si no, ¿para qué servirían las victorias? Era fiesta; él reconocía ese olor del alcohol, del tabaco y el polvo de arroz, el olor de las largas noches. Mil surtidores de color irisado danzaban en su memoria; antes de la guerra había habido tantas noches: en los cafés de Montparnasse, donde uno se emborrachaba con palabras y café con leche, en los estudios con olor a pintura al óleo, en los pequeños *dancings*, donde estrechaba entre sus brazos a la más bella de las mujeres, Paule; y siempre el alba, con rumores metálicos, una voz dulcemente delirante murmuraba en él que el libro que estaba escribiendo sería bueno y que nada era más importante en el mundo.

—¿Sabe? —dijo—, he resuelto escribir una novela alegre.

—¿Usted? —Anne le miró con aire burlón—. ¿Cuándo empieza?

—Mañana.

Sí, sentía una prisa repentina por volver a ser lo que era, lo que siempre había querido ser: un escritor. También reconocía esa alegría inquieta: comienzo un nuevo libro. Iba a hablar de todas esas cosas que empezaban a renacer: los amaneceres, las largas noches, los viajes, la alegría.

—Parece estar de muy buen humor esta noche —dijo Anne.

—Lo estoy. Tengo la impresión de salir de un largo túnel; ¿usted no?

Ella vaciló:

—No lo sé. Sin embargo, hubo buenos momentos en ese túnel.

—Por supuesto.

Le sonrió. Esa noche Anne estaba bonita, y la encontraba romántica con su austero traje de chaqueta. De no haber sido una vieja amiga y la mujer de Dubreuilh, le hubiera hecho un poco la corte. Bailó con ella varias veces seguidas y luego invitó a Claudie de Belzunce, que, muy escotada y cubierta con las joyas de la familia, había venido a encanallarse con la minoría intelectual. Invitó a Jeannette Cange, a Lucía Lenoir. Conocía demasiado a todas esas mujeres; pero habría otras fiestas, habría otras mujeres. Henri sonrió a Preston, que avanzaba a través del estudio tambaleándose ligeramente; era el primer americano con el que Henri se había encontrado en agosto y uno había caído en brazos del otro.

—He querido venir a celebrarlo con ustedes —dijo Preston.

—Celebrémoslo —dijo Henri.

Bebieron y Preston se puso a hablar sentimentalmente de las noches de Nueva York. Estaba un poco borracho y se apoyaba sobre el hombro de Henri.

—Tiene que venir a Nueva York —repetía con voz imperiosa—. Le garantizo que será un gran éxito.

—Claro que iré a Nueva York —dijo Henri.

—En cuanto llegue, alquile una avioneta; es la mejor manera de ver el país —dijo Preston.

—No sé pilotar.

—¡Bah! Es más fácil que conducir un coche.

—Aprenderé a pilotar.

Sí, Portugal no era sino un comienzo; luego vendrían Estados Unidos, México, Brasil, y quizá Rusia y China: todo. Henri conduciría de nuevo coches y pilotaría aviones. El aire gris azulado estaba preñado de promesas, el porvenir se extendía hasta el infinito.

De pronto se hizo un silencio. Henri vio con sorpresa que Paule se sentaba al piano. Empezó a cantar. Hacía mucho tiempo

que eso no sucedía. Henri trató de escucharla con oído imparcial: nunca había conseguido tener una opinión exacta sobre el valor de aquella voz; sin duda no era una voz indiferente; por momentos, uno hubiera creído oír el eco, arropado con terciopelo, de una campana de bronce. Una vez más se preguntó: «En verdad, ¿por qué dejó de cantar?». En aquel momento había visto en su sacrificio una conmovedora prueba de amor; más adelante, se había asombrado de que Paule eludiera todas las oportunidades de probar suerte y se había preguntado si ella no había tomado el amor como pretexto para sustraerse a la prueba.

Los aplausos estallaron; él aplaudió con los demás y Anne murmuró:

—¡Su voz sigue siendo tan bella como siempre! Si reapareciera en público, estoy segura de que tendría éxito.

—¿Usted cree? Es un poco tarde, ¿no? —dijo Henri.

—¿Por qué? Tomando algunas lecciones... —Anne miró a Henri con aire un poco vacilante—. Me parece que a ella le haría mucho bien. Usted debería alentarla.

—Quizá —dijo él.

Miró fijamente a Paule, que escuchaba sonriendo las alabanzas entusiastas de Claudie de Belzunce. Evidentemente cambiaría su vida. La ociosidad no le sentaba nada bien. «Y a mí me simplificaría las cosas», se dijo. Después de todo, ¿por qué no? Esa noche, todo le parecía posible. Paule se haría famosa, se apasionaría por su carrera; él sería libre, se pasearía por todos lados, y tendría aquí y allá amoríos alegres y breves. Sonrió y acercó a Nadine, que, de pie junto a la estufa, masticaba chicle con aire taciturno.

—¿Por qué no baila?

Ella se encogió de hombros:

—¿Con quién?

—Conmigo, si quiere.

No era bonita, se parecía demasiado a su padre y resultaba molesto encontrar aquel rostro rudo al extremo del cuerpo de una joven; los ojos eran celestes como los de Anne, pero tan fríos

que parecían a la vez gastados y pueriles; sin embargo, bajo el vestido de lana el talle era más flexible y los pechos más firmes de lo que Henri hubiera pensado.

—Es la primera vez que bailamos juntos —dijo.

—Sí —dijo ella; y agregó—: Baila bien.

—¿Le extraña?

—Por supuesto. Ninguno de estos mocosos sabe bailar.

—No han tenido oportunidad de aprender.

—Ya sé —dijo—. No hemos tenido oportunidad para nada.

Él le sonrió; aunque sea fea, una mujer joven es una mujer; le gustaba su olor austero de agua de colonia, de ropa limpia. Bailaba mal, pero aquello no tenía importancia; había voces jóvenes, risas, el estribillo de esa trompeta, el gusto del ponche, aquellos pinos floridos de pavesas en el fondo de los espejos, y detrás de las cortinas un puro cielo negro. Dubreuilh estaba haciendo un número de prestidigitación: cortaba en trocitos un periódico y lo recomponía con un juego de manos; Lambert y Vincent se batían en duelo con botellas vacías; Anne y Lachaume cantaban una ópera; los trenes, los aviones, los barcos giraban alrededor de la tierra y uno podía subir en ellos.

—Usted no baila mal —dijo él cortésmente.

—Bailo como un ternero —dijo ella—, pero me importa un rábano, no me gusta bailar. —Le examinó con aire desconfiado—. ¿Le divierten los *dancings*, el jazz, los antros que apestan a tabaco y sudor?

—De vez en cuando. —Preguntó—: ¿Y a usted qué le divierte?

—Nada.

Había contestado con una voz tan huraña que él la miró con curiosidad; se preguntaba si era la decepción o el placer lo que la había arrojado en tantos brazos. Al turbarse se dulcificaba la dura armazón de su rostro. La cara de Dubreuilh sobre una almohada, ¿a qué se parecería?

—Cuando pienso que se va a Portugal..., la verdad es que tiene suerte —dijo con rencor.

—Pronto volverá a ser fácil viajar —dijo él.

—¡Pronto! ¡Quiere decir dentro de un año, dentro de dos años! ¿Cómo se las arregló usted?

—Los servicios de propaganda francesa me pidieron conferencias.

—Evidentemente, nadie me pedirá conferencias a mí —murmuró ella—. ¿Dará muchas?

—Cinco o seis.

—¡Y se paseará durante un mes!

—Los viejos tenemos que tener alguna compensación —dijo él en tono de broma.

—¿Y cuáles se tienen cuando uno es joven? —dijo Nadine; suspiró ruidosamente—. ¡Si al menos ocurrieran cosas!

—¿Qué cosas?

—¡El tiempo que hace que teóricamente estamos en revolución! Y nada cambia...

—En agosto, sin embargo, algo empezó a cambiar —dijo Henri.

—En agosto se decía que todo iba a cambiar, y todo sigue igual que antes; los que trabajan más siguen siendo los que comen menos, y eso sigue pareciéndole muy bien a todo el mundo.

—Aquí nadie encuentra bien eso —dijo Henri.

—Pero todo el mundo se acomoda a ese orden de cosas —dijo Nadine con voz irritada—. Ya es bastante asqueroso verse obligado a perder el tiempo trabajando: si ni siquiera sirve para matar el hambre. Yo preferiría hacerme gánster.

—Estoy de acuerdo, todos estamos de acuerdo —dijo él—. Pero espere un poco, es usted muy impaciente.

Nadine lo interrumpió:

—En casa me han explicado hasta la saciedad que hay que esperar; pero desconfío de las explicaciones. —Se encogió de hombros—. A decir verdad, nadie intenta nada.

—¿Y usted? —dijo Henri sonriendo—. ¿Usted intenta algo?

—¿Yo? No tengo bastante edad —dijo Nadine—; soy un cero a la izquierda.

Henri se echó a reír francamente.

—¡No se desespere; todo llegará; la verdad viene pronto!

—¡Pronto! ¡Se necesitan trescientos sesenta y cinco días para hacer un año! —dijo Nadine. Bajó la cabeza y durante un rato se quedó rumiando en silencio; bruscamente alzó los ojos y dijo—: Lléveme.

—¿Adónde?

—A Portugal.

Él sonrió:

—No me parece muy posible.

—Bastaría que lo fuera un poco. —Él no contestó, y ella preguntó con voz insistente—: ¿Por qué no es posible?

—En primer lugar, no me darían dos órdenes de misión.

—¡Vamos! Usted conoce a todo el mundo. Diga que soy su secretaria. —La boca de Nadine reía, pero su mirada era apasionadamente seria.

Él dijo seriamente:

—Si llevara a alguien, llevaría a Paule.

—No le gusta viajar.

—Pero le alegraría acompañarme.

—Hace diez años que lo ve todos los días y tiene para rato; un mes más o menos, ¿qué puede importarle?

De nuevo, Henri sonrió:

—Le traeré naranjas.

La cara de Nadine se endureció, y Henri tuvo ante los ojos la máscara intimidante de Dubreuilh.

—Ya no tengo ocho años, ¿sabe?

—Ya sé.

—No; para usted siempre seré la mocosa insoportable que daba puntapiés a la chimenea.

—Nada de eso; la prueba es que la he sacado a bailar.

—¡Ah, es una velada familiar! Pero no me invitaría a salir con usted.

Él la miró con simpatía. Por lo menos una que deseaba cambiar de aire; deseaba un montón de cosas: otras cosas. ¡Pobre chi-

ca! Es verdad que no había tenido ocasión de hacer nada. Dar la vuelta a l'Île de France en bicicleta es más o menos todo cuanto había viajado; una juventud austera, y además aquel muchacho había muerto; parecía haberse consolado pronto, pero debía de ser un mal recuerdo.

—Pues se equivoca —dijo—. La invito.

—¿De verdad? —Los ojos de Nadine brillaban. Era mucho más agradable cuando su rostro se animaba.

—El sábado por la noche no voy al periódico: encontrémonos a las ocho en el bar Rouge.

—¿Y qué haremos?

—Usted decidirá.

—No tengo idea.

—De aquí a allá yo tendré alguna. Tomaremos una copa.

—No bebo, pero comeré un sándwich.

Se acercaron a la mesa; Lenoir y Julien estaban discutiendo: era crónico. Cada uno le reprochaba al otro haber traicionado su juventud de la peor de las maneras. Antaño, considerando la extravagancia demasiado medida del surrealismo, habían fundado juntos el movimiento «para-humano». Lenoir se había hecho profesor de sánscrito y escribía poemas herméticos; Julien era bibliotecario y había dejado de escribir, quizá porque después de algunos éxitos precoces temiera una madurez mediocre.

—¿Qué piensas? —dijo Lenoir—. Hay que tomar medidas contra los escritores colaboracionistas, ¿no?

—Esta noche no pienso en nada —dijo Henri alegremente.

—Mala táctica la de impedirles publicar —dijo Julien—; mientras redactáis laboriosamente vuestros libelos, ellos, con toda calma, escribirán buenos libros.

Una mano imperiosa se posó sobre el hombro de Henri: Scriassine.

—Mira lo que traigo: whisky americano; pude pasar dos botellas; el primer *reveillon parisien*: buena ocasión para beberlas.

—¡Magnífico! —dijo Henri. Llenó un vaso de burbon y se lo tendió a Nadine.

—No bebo —dijo ella con aire ofendido.

Le volvió la espalda y Henri se llevó el vaso a los labios; había olvidado completamente ese gusto; a decir verdad, antes bebía más bien whisky escocés, pero, como también había olvidado el gusto del escocés, no hallaba mucha diferencia.

—¿Quién quiere un trago de whisky auténtico?

Luc se acercó arrastrando sus pesados pies gotosos, Lambert y Vincent le seguían. Llenaron sus vasos.

—Prefiero un buen coñac —dijo Vincent.

—No es malo —dijo Lambert sin convicción; interrogó a Scriassine con la mirada—. ¿Es verdad que se toman doce al día, en Estados Unidos?

—¿Qué quiere decir «se toman»? —dijo Scriassine—. Hay ciento cincuenta millones de estadounidenses y no todos se parecen a los héroes de Hemingway.

Su voz era desagradable; no solía ser amable con los tipos más jóvenes que él; se volvió deliberadamente hacia Henri:

—Acabo de conversar seriamente con Dubreuilh; estoy muy inquieto.

Parecía preocupado; era su aspecto habitual; se hubiera dicho que todo lo que ocurría allí donde él estaba, y aun donde él no estaba, le incumbía personalmente. Henri no tenía ganas de compartir sus inquietudes.

Preguntó sin interés:

—¿Por qué?

—Creí que este movimiento que él está formando tendría como fin esencial desarraigar el proletariado del PC, y eso no es lo que Dubreuilh parece planear —dijo Scriassine con voz sombría.

—No, en absoluto —dijo Henri.

Abrumado, pensó: «Ésta es la clase de conversación que tendré que soportar a lo largo de incontables días cuando me haya

dejado engatusar por Dubreuilh». De nuevo se sintió invadido de pies a cabeza por unas ganas devoradoras de estar en otra parte.

Scriassine le miró a los ojos:

—¿Estás de acuerdo con él?

—Un poco —dijo Henri—. La política no es mi fuerte.

—Sin duda, no has comprendido lo que Dubreuilh está maquinando —dijo Scriassine. Fijó en Henri una mirada reprobadora—. Está aglomerando una izquierda aparentemente independiente, pero que acepta la unidad de acción con los comunistas.

—Sí, ya sé —dijo Henri—, ¿y qué?

—Bueno, les está haciendo el juego; hay un montón de gente a las que les asusta el comunismo y las va a acercar a él.

—No me digas que estás contra la unidad de acción —dijo Henri—. ¡Sería gracioso que la izquierda empezara a dividirse!

—¡Una izquierda esclavizada por los comunistas! Es una mistificación —dijo Scriassine—. Si estáis decididos a ir juntos, inscribíos en el PC, será más sincero.

—No se trata de eso. En un montón de puntos no estamos de acuerdo —dijo Henri.

Scriassine se encogió de hombros:

—Entonces, de aquí a tres meses, los stalinistas os denunciarán como traidores sociales.

—Ya veremos —dijo Henri.

No tenía ningunas ganas de continuar la discusión, pero Scriassine hundió su mirada en la suya:

—Me han dicho que *L'Espoir* tiene muchos lectores entre la clase obrera. ¿Es verdad?

—Es verdad.

—Así que tienes entre manos el único periódico no comunista que llega al proletariado. ¿Te das cuenta de tu responsabilidad?

—Me doy cuenta.

—Si pones *L'Espoir* al servicio de Dubreuilh, eres cómplice de una maniobra asquerosa —dijo Scriassine—. Dubreuilh puede ser tu amigo —agregó—, pero hay que vigilarle.

–Escúchame; en lo que respecta al periódico, nunca estaré al servicio de nadie: ni al de Dubreuilh ni al tuyo –dijo Henri.

–Algún día *L'Espoir* tendrá que definir su programa político –dijo Scriassine.

–No. Nunca tendré programa a priori –dijo Henri–. Quiero decir lo que pienso, como lo pienso, sin dejarme encasillar.

–Eso no se tiene en pie –dijo Scriassine.

La voz plácida de Luc se elevó de pronto:

–No queremos programa político, porque queremos salvar la unidad de la Resistencia.

Henri se sirvió un vaso de whisky. «¡Todo eso son tontearías!», rezongó entre dientes. Luc no tenía más que esas palabras en la boca: el espíritu de la Resistencia, la unidad de la Resistencia. Y Scriassine se ponía furioso en cuanto le hablaban de la Unión Soviética. Harían mejor en irse a delirar cada cual por su cuenta. Henri vació su vaso. No necesitaba que le dieran consejos, tenía sus propias ideas sobre lo que debía ser un periódico. Por supuesto, *L'Espoir* se vería obligado a tomar partido políticamente; pero con toda independencia. Si Henri había conservado el periódico, no era para hacer un periodichucho igual a los de la preguerra; en aquel período toda la prensa engañaba al público a golpes de autoridad; se había visto el resultado: privada de su oráculo cotidiano, la gente se había sentido completamente desorientada. Hoy, todo el mundo se entendía más o menos en lo esencial; ya bastaba de polémicas y de campañas partidistas: no era preciso adoctrinarlos. No había que dictarles opiniones, sino enseñarles a juzgar por sí mismos. No era tan sencillo; a menudo exigían respuestas; no había que darles una impresión de ignorancia, de duda, de incoherencia. Pero justamente a eso había que aspirar; a merecer su confianza en vez de robarla. La prueba de que el método era bueno es que *L'Espoir* se vendía en todos los ambientes. «No vale la pena reprochar a los comunistas un sectarismo si uno es tan dogmático como ellos», se dijo Henri. Interrumpió a Scriassine:

—¿No crees que podríamos hablar otro día?

—Muy bien, dame una cita —dijo Scriassine—. Creo que es urgente confrontar nuestras posiciones.

—Esperemos hasta que yo vuelva de mi viaje —dijo Henri.

—¿Te vas de viaje? ¿Un viaje de información?

—No, de placer.

—¿Ahora?

—Sí —dijo Henri.

—¿No te parece una deserción? —dijo Scriassine.

—¿Una deserción? —dijo Henri, burlón—. No soy soldado. —Señaló con un movimiento de barbilla a Claudie de Belzunce—. Deberías bailar con Claudie, esa señora casi desnuda que lleva joyas por todos lados; es una verdadera mujer de mundo y te admira mucho.

—Las mujeres de mundo son uno de mis vicios —dijo Scriassine con una sonrisita. Meneó la cabeza—: Confieso que no te comprendo.

Fue a sacar a Claudie; Nadine bailaba con Lachaume; Dubreuilh y Paule giraban alrededor del árbol de Navidad: a ella no le gustaba Dubreuilh, pero éste a menudo conseguía hacerla reír.

—Has escandalizado a Scriassine —dijo Vincent.

—A todos les escandaliza que me vaya de viaje —dijo Henri—. A Dubreuilh más que a nadie.

—Son formidables —dijo Lambert—. Has hecho más que ellos, ¿no? Tienes derecho a tomarte unas vacaciones.

«Decididamente —se dijo Henri— con los jóvenes me entiendo mejor». Nadine lo envidiaba, Vincent y Lambert lo comprendían: ellos también, en cuanto habían podido, se habían apresurado a ir a ver lo que pasaba en otras partes, se habían hecho inscribir enseguida como corresponsales de guerra. Permaneció largo rato con ellos y se relataron por centésima vez los célebres días en que habían ocupado las oficinas del periódico y en que vendían *L'Espoir* en las narices de los alemanes, mientras Henri escribía su editorial con un revólver al alcance de la mano. Esa noche encon-

traba un nuevo encanto a todas esas viejas historias porque las oía desde muy lejos: él estaba tendido sobre la arena blanda, el mar era azul, y pensaba con indolencia en los tiempos idos, en amigos lejanos, y le encantaba hallarse solo y libre; era feliz.

De pronto volvió a encontrarse en el estudio rojo; eran las cuatro de la mañana. Ya se había ido mucha gente, todos iban a marcharse y él se quedaría con Paule. Tendría que hablarle, acariararla.

—Querida, la velada ha resultado una obra maestra —dijo Claudie abrazando a Paule—. Y tienes una voz maravillosa. Si quisieras, serías una de las leonas de la posguerra.

—No pretendo tanto —dijo Paule riendo.

No, no tenía esa clase de ambiciones; sabía lo que deseaba; volver a ser la más hermosa de las mujeres en los brazos del hombre más glorioso del mundo; y no sería precisamente fácil hacerle cambiar de sueño. Los últimos invitados se iban; bruscamente, el estudio quedó vacío; hubo ruido en la escalera, los pasos turbaron el silencio de la calle y Paule se puso a recoger los vasos olvidados sobre los sillones.

—Claudie tiene razón —dijo Henri—, tu voz no ha perdido su belleza. Hacía tiempo que no te oía. ¿Por qué ya no cantas nunca?

El rostro de Paule se iluminó:

—¿Te gusta mi voz? ¿Quieres que cante para ti?

—Por supuesto —sonrió—. ¿Sabes lo que me dijo Anne? Que deberías volver a cantar en público.

Paule lo miró con aire escandalizado:

—Ah, no, no me hables de eso. Es un asunto terminado hace mucho tiempo.

—¿Y por qué? —dijo Henri—. ¿Has visto cómo aplaudieron? Estaban todos conmovidos. Ahora hay un montón de *boîtes* que abren y la gente está deseando nuevas estrellas.

—No; te suplico que no insistas. Exhibirme en público me causaría horror. No insistas —repitió con voz implorante.

Él la miró con perplejidad.

—¿Horror? —dijo con tono incierto—. No comprendo: antes no te causaba horror, y no has envejecido, ¿sabes?; más bien has mejorado.

—Era otra época de mi vida —dijo Paule—, una época enterrada para siempre. Cantaré para ti y para nadie más —agregó con tanta pasión que Henri no respondió. Pero se prometió volver a la carga. Hubo un silencio y ella dijo—: ¿Subimos?

—Subamos.

Paule se sentó sobre la cama; se quitó los pendientes y las sortijas.

—¿Sabes? —dijo con voz calmada—, si di la impresión de censurar tu viaje, te pido disculpas.

—¡Qué idea! Tienes derecho a que no te gusten los viajes y a decirlo —dijo Henri. Le incomodaba pensar que durante toda la noche ella había alimentado escrupulosamente ese remordimiento.

—Comprendo perfectamente que tengas ganas de irte —dijo ella—. Hasta comprendo muy bien que quieras irte sin mí.

—No es que quiera.

Ella lo interrumpió con un gesto:

—No necesitas ser cortés. —Tenía las manos extendidas sobre las rodillas, los ojos fijos, el busto muy erguido; parecía una serena pitonisa—. Nunca pensé encerrarte en nuestro amor. No serías tú mismo si no desearas horizontes nuevos, alimentos nuevos. —Se inclinó hacia adelante y clavó en él su mirada fija—: Me basta con serte necesaria.

Henri no contestó. No quería ni desesperarla ni alentarla. «Si al menos pudiera tenerle rencor —pensaba—. Pero no, ni un agravio».

Paule se incorporó y sonrió; su rostro recobró humanidad; puso sus manos sobre los hombros de Henri, su mejilla contra la de él:

—¿Podrías vivir sin mí?